

lir de tantas dudas y confusiones, lo mejor es que publique la Revista todos los versos que quieran dar los dos poetas y medio, ó bien (extendiendo más nuestra aprobación que Clarín) los diez ó doce que ya el público ha canonizado: y que en lo demás, *sin desdeñar la poesía*, publique la Revista muy poco, no sea que se equivoque en la elección, ó no sea que el público se equivoque, creyendo que la Revista es la equivocada, lo cual para el interés editorial de la Revista importa lo mismo.

Es cuanto tengo que decir en defensa de la frase, causa del enojo de Campoamor.

V.



LA POESÍA

DESDEÑADA POR LA CIENCIA Y POR LA PROSA

I

DESPUÉS de echarme las manos á la cabeza lleno de estupefacción, permitidme, lectores, que os pregunte: "¿Habéis leído lo que contesta el señor don Juan Valera á mi artículo *La poesía desdeñada por la ciencia?*" Pues dando una patente de vida eterna á la prosa, expide además una partida de defunción á la metafísica y á la poesía, redactada con claridad y del modo siguiente:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFonso REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

La metafísica es la ciencia inútil, y la poesía el arte inútil.

Confieso que me había impresionado mucho la primitiva aserción del periódico *El Ateneo*, al decir que insertaría cualquier rama de la ciencia, *sin desdeñar la poesía*. Este desprecio queda ahora reducido, entre el señor Director de *El Ateneo* y yo, á un simple altercado, propio de un juicio de faltas. Pero el señor Valera, á quien, como á una amiga suya y mía, se conoce que ya sólo le divierte lo que es pecado mortal, ha entrado oficiosamente en la polémica, no sólo para reñir conmigo, sino para cometer dos asesinatos en la metafísica y en la poesía, decalvando de este modo al rey de la creación y tocando la trompeta del juicio final para anunciar el término de la racionalidad humana.

II

Pasaba yo en cierta ocasión una deliciosa temporada de campo en compañía de unos amigos, entre los cuales se hallaba uno de los individuos más conspi-

cuos del *Comité Consultivo del Ateneo*, el señor don Alejandro Pidal y Mon. Un día vimos desde un balcón que una cabra, satisfecha de gozar las sensualidades de la maternidad, dejaba que de los pezones de su ubre mamasen tranquilamente, por un lado un cerdito y por el otro un niño. Una labradora, sentada cerca del grupo, lo miraba con total indiferencia, como si aquello fuese una cosa muy natural y muy común. "He aquí, dije á los presentes, dos seres á los cuales hoy los une la *animalidad*, y mañana los separará la *metafísica*."

No podía yo calcular entonces que algunos años después el señor don Juan Valera nos vendría á querer probar que á aquellos dos hermanos de leche no los podría separar ya ni siquiera la metafísica.

III

¡La metafísica una *ciencia inútil*, cuando si las leyes que la constituyen se borrasen del entendimiento humano, sería lo mismo que si en el orden físico se

apagase el sol que nos alumbra! Se conocí que el señor Valera, al escribir su artículo, tuvo presente aquel autor que dice: "La metafísica es como las vírgenes consagradas al Señor, que no dan ningún fruto.", Pero, más bien que esto, debía el señor Valera recordar aquel principio, tan repetido en las aulas, de que "La metafísica, sin ser precisamente la ciencia de nada, es por necesidad la ciencia de todo."

La metafísica es la única ciencia, porque es el único conjunto de verdades sin excepción.

No hay ningún conocimiento moral ni físico que no sean metafísica pura. Cuando se dice ciencias físico-matemáticas, quiere decir la física explicada por la metafísica. La psicología que estudia el hombre espiritual, y las matemáticas que explican el número y cantidad de todo lo material, forman las dos grandes divisiones de la metafísica, que es la ciencia que aplica las leyes del pensamiento humano al conocimiento de la calidad y cantidad de todos los seres y de todas las cosas posibles.

¿En qué consiste la general ignorancia de que toda obra humana, sea acción ó pensamiento, es una aleación de lo inmutable con lo mudable? Pues consiste en que los hombres de ciencia, al trasladar el orden de los hechos al orden de las ideas, suelen atribuir á los objetos pensados las cualidades del sujeto que los piensa.

Aunque me sigan flagelando implacablemente ciertos sabios del hecho, que para hablar mal de mí se ponen más orondos que las morcillas de Baltasar del Alcázar, añadiré que el entendimiento, buscando la unidad en la variedad y la variedad en la unidad, y examinando después la conformidad de las partes con el todo, da el modo de andar intelectual que tienen los seres pensantes para llegar á su objeto, lo mismo en Nelson, cuando concibe la idea de ponerse siempre á barlovento para huir al enemigo, que en el sastre que remienda una chaqueta; que en Kant al redactar el conjunto de sus obras. Por la metafísica que da las ideas, y la poesía que las convierte en imágenes, el poder del hombre se

hace algo semejante al poder de su Creador. Cuando la metafísica y la poesía, la idea y la manera de expresarla, la ciencia y el arte, se aunan para formar una obra común, resulta entonces lo trascendental, lo que se deduce de todo estudio digno de serlo, un principio general, una ley; y es en vano que nuestros amigos los señores Valera y Sánchez Pérez se empeñen en hacernos creer que en la literatura lo poético es siempre superior á lo filosófico. Si á Calderón se le atribuyesen todas las obras de todos los dramaturgos del mundo juntos, incluyendo á Esquilo y á Shakspeare, no se le llamaría el creador de *Prometeo* ni de *Hamlet*, sino el autor de *La vida es sueño*. Si á Cervantes se le aplicasen todas las novelarías pasadas, presentes y futuras, siempre se le conocería por el autor de *Don Quijote*. Con estas dos obras poéticas, basadas sobre los dos problemas filosóficos que más interés despiertan en la inteligencia y en el corazón del hombre, parece que, como Dios á las aguas, Cervantes y Calderón han dicho al ingenio humano: "¡No pasarás de aquí!,

IV

¡La poesía un *arte inútil*, cuando es el himno obligado en todas las glorias humanas y divinas!

Si los metafísicos dirigen todo el orden intelectual del mundo desde las buhardillas en que viven, los poetas, desde los hospitales en que mueren, dan cuerpo á las ideas, convirtiéndolas en imágenes.

Tan glorioso como discurrir, es dar forma á lo discurrido.

Ya sé yo que, á imitación del *Mirabeau-mosca*, M. Thiers, que miraba á Víctor Hugo como si fuese un bicho raro, hay grandes estadistas que mueren en olor de glorificación, aunque son menos aficionados al ritmo que los que, al tirar de ciertos vehículos, hay que colgarles una sarta de cascabeles para hacerles soportar con alguna menor fatiga la prosa del trabajo.

Pero, concretando más el asunto: ¿qué es poesía?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 107 0111
 "ALFONSO REYES"
 Apdo. 1825 MONTERREY, MEXICO

Hace poco tiempo que en uno de los números del *Madrid Cómico*, su ingenioso director, el señor don Sinesio Delgado, concluía una graciosa composición, diciendo:

«¿Poesía qué es? Ni Dios lo sabe.»

El señor Valera opina lo mismo cuando dice: "Para distinguir algunos versos que sean buenos, es menester mucho tino, despejado criterio y un juicio tan certero y claro, que rara vez se halla *en nadie*."

¿Y quién tiene la culpa de que apenas haya quien sepa lo que es poesía? Pido perdón al señor Valera; pero creo que él es un poco responsable de esta vacilación del público, porque aunque algunas veces el señor Valera nos quiere dar como cosa muy comprensible la metafísica no muy bien digerida de Goethe, otras veces, por complacencias con una escuela de ropavejeros literarios que por su amor á lo antiguo nos haría vivir eternamente en el campo, comiendo hierbas sin cocer, como los penitentes

del desierto, han declarado en los versos la guerra al *ingenio* y á la *razón*, llamando, por boca del señor Valera, á lo primero *quintas esencias*, y á lo segundo *filosofías*. Es menester desarrollar ese sexto sentido que hoy se llama *hacerse cargo*, y fijar de una vez para siempre la idea de lo que es poesía. El señor Valera, que, como yo, tiene una tolerancia y un candor que rayan en la indiscreción, aceptando la creencia vulgar de llamar poesías á todos los versos, nos declara magnánimamente poetas á una legión de escritores casi tan numerosa como el ejército de Jerjes.

¡Un poeta! Si las gentes comprendieran la verdadera significación de esta palabra, al oirla darían muchas gracias á Dios, porque de mil en mil años se digna crear un poeta, juzgando á esta miserable humanidad acreedora á tan alto privilegio.

¡Un poeta! Desde la muerte de Quevedo hasta la llegada del romanticismo, no se ha escrito un solo verso de poeta; y desafío al señor Valera á que me lo cite.

Resolvamos de una vez este problema, convenciendo al público de que los versos buenos son tan raros como los diamantes de á libra. Para facilitar el trabajo, autorizo al señor Valera á que, además de los líricos de la restauración del gusto francés, incluya al señor Quintana, poeta laureado, muy admirado por él, y popularísimo en España y en América.

Pero antes de continuar me ha de permitir el señor Valera que le cuente un sucedido. Hace muchísimos años iba yo por la calle del Príncipe en compañía de mis ilustres amigos Pepe Zorrilla y Tomás Rubí, y al pasar por delante de una confitería se les antojó que yo les había de convidar á dulces. Para darles una broma, hice como que accedía, y los dos se lanzaron al interior de la tienda á vaciar una bandeja de merengues. Después de hacer una señal de inteligencia á la confiteira, que por cierto era rubia y muy guapa, di la vuelta á la esquina y me alejé por la calle de la Visitación. Cuando volví á mi casa, Rubí, que siempre nos ha excedido á todos en gracia y

en buen humor, convirtiéndome de bromista en embromado, se había llevado de mi cuarto un estuche de afeitar para entregárselo á la confiteira en garantía del pago de los dulces. En el lugar del estuche había dejado un papel escrito, que concluía diciendo:

.....
Si te faltan del traje algunos dengues,
Ve, Ramón, á buscarlos á la tienda
Tururúm, tururúm, de los merengues.»

Se conoce que Rubí, al improvisar estos versos, le faltó tiempo para concluirlos, y acabó el último con el *tururúm* repetido, para no faltar, como buen hijo del Parnaso, al sagrado precepto de la rima.

Y dicho esto, continuó.

El verso que me ha de citar el señor Valera, ha de competir en lo pintoresco con esos versos que, al convertir *la idea en imagen*, producen en el lector una reverberación de pensamientos secundarios, que son el encanto del lector.

Como éstos, por ejemplo:

«Con crines tendidos arder los cometas.»

(JUAN DE MENA.)

«Dilata hasta los montes su ribera.»

(RIOJA.)

«El que freno dió al mar de blanda arena.»

(LOPE DE VEGA.)

«O al rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.»

(ARGENSOLA.)

Etc., etc., etc.

Y ruego al señor Valera que para cirtarme el verso que le pido, no me vaya á hacer un torneo de momias, sacando á plaza los consabidos:

«¡Todo á humillar la humanidad conspira!...»

«¡Virgen del mundo, América inocente!...»

«¡Pálida luz de fósforo ligero!...»

Porque estos versos, que más bien pertenecen á la elocuencia que á la poesía, y que ocultan la vacuidad de la idea con la entonación de la forma, no nacen, se

hacen, y yo sé lo poco que valen, porque estoy en el secreto del ningún trabajo que cuesta el fabricarlos.

«Tururúm, tururúm, de los merengues.»

V

Pero el señor Valera, sin duda por la excesiva bondad de su carácter, siempre que levanta una razón es con vistas á la razón contraria.

Después de declarar á la poesía *un arte inútil*, dice: "La poesía es tan reverenda y tan divina, que no hay deshonra en humillarse ante ella con acatamiento profundo., ¿En qué quedamos? Y luego vuelve á decir: "Todos tenemos que ser prosistas, aun sin saber que lo somos; pero poeta y metafísico no es necesario que lo seamos., Es verdad; la prosa se escribe, no como se debe, sino como se puede, y no siempre es necesario que los grandes hombres sean unos seres racionales que cultiven la metafísica y la poesía, pues se deben contentar con ser

prosistas sin saber que lo son, hablando la prosa como la oyen y escribiéndola como la hablan. Y antes de pasar adelante, no quisiera que se me olvidara decir que, á propósito de esta polémica, se me ha presentado como enemigo de la prosa. ¿Yo enemigo de la prosa? ¿Por qué ni para qué? ¿Tiene algo de extraño que, entrando en comparaciones, á la guerra al verso haya contestado yo con un ataque á la prosa?

Aunque sé que me expongo á ser cansado, he de repetir que, siendo en ellas escaso el contenido de la metafísica y de la poesía, todas las prosas carecen de aire vital y se presentan á mi vista chafadas como las vejigas vacías.

La prosa con pocas ideas queda reducida al oficio mecánico de prodigar lugares comunes y empalmar ripios, y aun con imágenes é ideas no hay cosa más difícil que injertar el ritmo en la prosa.

El materialismo de hablar no es un arte, es una función fisiológica, como el charloteo del papagayo. Y es casi imposible imprimirle ninguna condición artística, por lo cual esos prosistas que,

según el señor Valera, lo son sin saberlo, se pueden comparar con aquel inglés que lo había aprendido todo, absolutamente todo, "menos el arte de saber leer y escribir."

Renuncio á hacer un análisis á la menuda, porque los gramáticos exagerados me hacen el mismo efecto que los supersticiosos, que con sus redes de moral estrecha, como en los circos ecuestres, convierten los caminos del cielo y de la tierra en unas verdaderas carreras de obstáculos; y seguiré diciendo que yo sólo me he ocupado poco caritativamente de la prosa cuando he visto fustigado el verso por escritores que supongo que serán unos poetas abortados. Y es tanto más de agradecer mi generosidad, cuanto que tengo la persuasión de que todo pedazo de prosa, por lo fácil de enmarañarse, es una madeja de hilo puesta al alcance de los gatos de la vecindad.

El señor don Leopoldo Alas, que desde la ciudad de Oviedo pone en la actualidad más ideas en circulación que en su tiempo el P. Feijóo, se ha empeñado en hacer creer á las gentes que yo escribo

muy bien en prosa. Esta es una lisonja que no merezco, pues como no existen reglas fijas de construcción, siempre que enlace algunas oraciones se me ocurren después veinte maneras de hacerlo mucho mejor. ¿Sucede esto con la forma poética? No. ¿Por qué? Porque el lenguaje sólo en el verso es un mecanismo perfecto. ¿Se quieren algunos ejemplos? Pues allá van dos, el primero de Lope de Vega:

«¡Canto el valor y las hazañas canto
De aquel varón, soldado y peregrino,
Que, á ser del Asia universal espanto,
Desde la selva Caledonia vino!»

Segundo ejemplo, de Góngora:

«Todo es gala el africano:
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfanje depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncós atambores,
Y los volantes de Venus,
Sus bien seguidos pendones.
Desnudo el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin orden;
Si lo abrocha, es con claveles,

Con jazmines sí lo coge.
Todo sirve á los amantes:
Plumas les baten veloces
Airecillos lisonjeros
Si no son murmuradores:
Los campos les dan alfombra,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores:
Los troncos les dan cortezas,
En que se guarden sus nombres,
Mejor que en tablas de mármol
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
Ni blanco chopo sin mote;
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.»

¡Qué precisión en el primer ejemplo!
¡Qué abundancia de ideas y de imágenes en el segundo!

Y en los dos ejemplos, ¡qué manera tan diestra de construir períodos con palabras insustituibles!

Ponga el señor Valera estos versos, no en una prosa tan mala como la mía, sino en una prosa tan exquisita como la suya, y verá cómo él mismo, por no oírla, echa á correr con el natural espanto con que se huía de aquella vieja que en

tiempo de los franceses entraba en su pueblo diciendo: "¡No hay que asustarse, que vienen degollando!",

VI

Repito que no pude reprimir un movimiento de enojo cuando vi que *El Ateneo*, desde el punto de vista de la ciencia y de la prosa, trataba con desdén á la poesía, y entonces fué cuando sostuve que la *prosa no es arte*. Pero el señor Valera, que tiene bastante autoridad para suponer que se le debe creer bajo su palabra, se limita á decir: "Claro está que hay arte en la prosa.,, Estas claridades del señor Valera le deben recordar á una marquesa muy conocida una promesa que yo la hacía siendo niña: "Te he de regalar un vestido tan claro, tan claro, que no lo has de ver.,,

Si la prosa es arte, ¿cuál debe ser la colocación de las palabras? ¿Cuál es la ley que determina el enlace y la estructura de las cláusulas? ¿Con qué regla ideológica se pueden disculpar las irre-

gularidades? ¿Qué razón hay que justifique la inversión del orden usual de las ideas y las frases?

Para nada de esto hay cánones determinados; y una prueba de que la prosa se escribe sólo por instinto, es que las mujeres, sin estudiar siquiera ortografía, redactan las cartas mucho mejor que los hombres, así como suelen cantar con más afinación los artistas que menos música saben. Muchas veces he pensado en los grandes sudores que le habrá hecho pasar al pobre Cervantes la introducción del *Quijote*. Obedeciendo al principio de que en todo juicio enunciado ha de presentarse la idea de que se afirme algo, y después sus accesorios y modificativos, debió comenzar su libro de este modo: "No ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor, en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme.,, Pero, obedeciendo á su instinto soberano y sacrificando la lógica á la eufonía, que es hermana menor del ritmo, de esa ascensión eterna de nuestra alma, cons-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdad. 1628 MONTERREY, MEXICO

truyó el período de esta manera: "En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.," Lo más perfecto de esta construcción, ¿le habrá recompensado á Cervantes de los sudores que le habrá costado el ver enfrente de sí ese montón de palabras que, como los guijarros, no suelen tener facetas de adaptación posible?

Me alegraré que Cervantes haya quedado satisfecho de este principio de su poema, y que en medio de sus desgracias tuviese un momento de felicidad, aunque no fuese tan grande como la cha que siente el señor Valera al pintarnos entusiasmado la utilidad del prosismo:

"Las discusiones parlamentarias, dice, los dictámenes de los cuerpos consultivos, las leyes, los reglamentos, los libros de texto, están escritos en prosa.," Ya lo sé; y también el tratado del perfecto cocinero. ¿Y sabe el señor Valera cuál será el fin de toda esa monserga de calós

administrativos, políticos y judiciales? Pues su término merecido será el de ir á calentar las calderas de la industria del porvenir, mientras los operarios que aticen el fuego recitarán con delicia la dolora del marqués de Molíns, que empieza:

«¡Se deshace nuestra vida
Como esa blanca nevada;
A la mañana formada,
Y á la tarde derretida!»

VII

Y, sobre todo, si el señor Valera cree, aunque no lo prueba, que hay arte en la prosa, entonces resultará que ésta también tiene alguna conexión con las leyes ideológicas, y, como todas las cosas pensables, depende de la metafísica. Y en este caso, ¡abajo también la prosa!; pues así como los líricoclastas declaran que la forma poética está llamada á desaparecer, nosotros, los que sabemos un poco de lógica, á imitación suya, pediremos también que desaparezca del mundo ese medio artificioso llamado prosa, cuyas

frases, al salir al escenario, jamás hallan postura cómoda, pues parece que siempre están agitadas por el baile de San Vito, por su afán inmoderado de querer alcanzar un ritmo que nunca encuentran. Pero no se apure por eso el señor Valera; pues aunque se la despoje de la metafísica y de la poesía, siempre habrá una prosa con la cual nos entenderemos, aunque será parienta por necesidad del *ujujú* de los salvajes. Sí; cuando, según esos profetas de una Nigricia universal, lleguen esos tiempos apocalípticos en que las grandes bestias se coman crudos á los jóvenes que hagan versos á sus novias, y se borre de la haz de la tierra á los pueblos que canten en coplas sus alegrías y sus pesares, y se supriman los soldados que busquen en los himnos patrióticos un estímulo para morir entusiasmados á la sombra de su bandera, entonces todavía con gruñidos y con gestos se entenderán las gentes. Y siga admirándose el señor Valera de la utilidad perdurable de la prosa; en esas horas negras del destino humano podrán morir la metafísica, la poesía y la música;

ca; pero quedarán la mímica y el ruido, y con estos elementos rudimentarios se dará satisfacción cumplida á los intereses y pasiones de esa futura raza de macacos, y hasta habrá elocuencias que arrebatarán á las muchedumbres con triunfos parecidos á los movimientos de impaciencia, de entusiasmo y de delirio que produce al amanecer el sonido del caracol que toca el encargado de llevar á ciertos seres á merodear por los campos.

VIII

Y como ya mis días están contados, y acaso ya no recibiré la contestación del señor Valera, y, si la recibo, podré no tener tiempo ni humor para consagrarle otra réplica, acabaré jurando que, hasta que se extinga el último aliento de mi existencia, seguiré haciendo protestas de admiración en favor del coro divino de las nueve hermanas, tan queridas para mí como las hermanas de carne y hueso que han convertido en alegrías las